

Lidia Jorge

Los memorables



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

 LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Os Memoravéis
Publicações Dom Quixote, 2014.

Primera edición: marzo de 2022

Lídia Jorge, 2014, de acuerdo con la Agencia Literaria
Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania

© de la traducción del texto, María Jesús Fernández

© de la cubierta, Nuria Vidal

Edición © La Umría y la Solana, 2021

c/ Pez Austral, 11

28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es

www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-124729-3-6

Depósito legal: M-10092-2022

Impresión: Calprint Digital

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Obra publicada con apoyo de Camoes I.P y de la DGLAB/Cultura - PORTUGAL.
Obra publicada com o apoio do Camões I.P. e da DGLAB/Cultura - PORTUGAL.

ÍNDICE

La fábula	9
Viaje al corazón de la fábula	49
Argumento	365

El antiguo embajador estaba vestido de seda y, por extraño que parezca, el camino por el que llegaría hasta los memorables comenzó en el vaso de whisky escocés que sostenía en sus manos. El mismo líquido circulaba por los vasos de quienes lo acompañaban, y tal vez por eso mismo las risotadas que sonaron en el amplio salón de la casa habían sido tan desabridas, cuando el anfitrión dijo a quien tenía más cerca: «Protegido, ahora que unos cuantos mercaderes están empeñados en demostrar que la Tierra es plana, no faltará quien venga con que la historia es redonda. ¿Veis cómo se construye una bonita mentira? La Tierra lisa como una servilleta y la historia sin extremo por donde agarrarla, como si fuese una esfera. Y ahora, tú, Bob, ¿cómo vas a deshacer un embuste tan bien montado?».

Los hombres que lo acompañaban se desternillaron de risa. Después llamaron a la portuguesa para que se riese también. Ella dejó el rincón donde se encontraba y se incorporó al grupo que se divertía alrededor del anfitrión; pero, en poco tiempo, en aquella sala solo quedarían el hombre vestido de seda, el protegido Robert Peterson y ella o, mejor dicho, yo misma. Entonces el silencio allí dentro, en contraste con la alegría que se propagaba por otras partes de la casa, creó una pausa entre nosotros demasiado prolongada, hasta que el mentor, con un gesto amistoso, me llamó hacia el gran

ventanal. Afuera, unos hilillos blancos habían comenzado a volar con unas horas de retraso respecto a la previsión de la meteorología, y al antiguo embajador le parecía interesante que yo asistiese a su llegada. Dijo: «Acérquese aquí, Miss Machado, venga a ver lo que está cayendo del cielo en nuestro jardín». Yo fui y allí nos quedamos los tres al lado del cristal, tocados por la magia y la melancolía.

Pero esa fina contemplación delante del anuncio de nieve no duró ni un instante. El mentor en seguida se desprendió de aquel clima de fascinación y preguntó a Bob, como si la nieve no existiese y yo no estuviese allí: «A propósito, protegido, ¿qué ha decidido ella sobre el asunto que te propuse?». Y empezaron ambos a intercambiar impresiones sobre el calendario de los futuros desplazamientos a los países del desierto, allí donde, después de seis meses, la guerra continuaba sin descanso ni un final a la vista. La salida estaba marcada, la escala cerrada. Obstinado, el mentor insistió: «No pierdas de vista que a ella se la podría sustituir en esta misión. Miles de jóvenes reporteros de su edad van en este instante camino de los desiertos para hablar con las viudas de los mártires. ¿Qué va a indagar ella allí que otras no puedan hacerlo en su lugar?». Mentor y protegido hablaban en inglés y de nuevo aquel *she* era yo. Hasta que el hombre vestido de seda inició una larga exposición sobre el vicio de hacer reportajes de batallas

Nos sentamos.

El anfitrión hablaba con el vaso en la mano, dándole vueltas, como si fuese un adorno, y yo pensaba que aquel

líquido a lo mejor podría no ser whisky sino agua teñida. Pausadamente hacía, dirigiéndose a Bob Peterson, una larga exposición sobre el vicio de cubrir conflictos armados, vicio que se le había pegado a su protegido Bob, y probablemente a todos aquellos que le pasaban por las manos, incluyéndola a ella, la chica que estaba allí. Muy contrariado con el hecho, el mentor empezó a exponer su teoría a propósito de ese triste vicio, que siempre incluía calendarios con sobresaltos, urgencias inaplazables y reporteros imprescindibles. No obstante, podíamos estar bien tranquilos que no nos habría de faltar a lo largo de nuestra vida asunto que cubrir, y en cuanto a matanzas y viudas, en cualquier tiempo y lugar, siempre las tendríamos para infelicidad de todos. Precisamente para contrarrestar la permanente ley de la reincidencia, valía la pena escoger de su espiral los momentos de interrupción que de tarde en tarde iban apareciendo. Esto decía el diplomático, y en medio de esa conversación, metódicamente monótona, como si escucharla constituyese una prueba en sí misma, acabó dirigiéndose a mí en portugués: «Miss Machado, le estaba diciendo a mi protegido que no siempre la historia es una pesadilla de la que en vano intentamos despertar para regresar al punto de partida. Fíjese que a veces, aunque sean pocas, la historia también es un sueño agradable, y puede ser tan apaciguador que vale la pena que una persona al despertar intente por todos los medios conservar la imagen para que no se desvanezca. Seamos prácticos. Cuando sucede que nos despertamos en mitad de uno de esos sueños, lo que debemos hacer es mantenernos en estado de alerta, reteniendo la excepcionalidad del momento, prolongándolo en la memoria de forma también excepcional. ¿Tengo o no tengo razón?».

Y volviéndose hacia Bob, se dirigió a él en inglés: «Ya te lo dije, protegido, no hay que desistir. Para empezar, te sugiero una sucesión de cinco o seis episodios, como aquellas series de los buenos tiempos de antaño, cuando tú eras un muchacho genial y lo que producías resultaba aún mejor de lo que planeabas. Algo parecido a *La Historia en Vigilia*, o cualquier otro nombre parecido. Un primer número, ejemplar, y para ese inicio sugiero a Miss Machado. La joven abriendo la serie con el caso de su país, aquel caso extraordinario que sucedió en su patria, hace ya veinticinco años o más. El tiempo siempre pasando, cada vez más rápido, cada vez más rápido, el tiempo siempre a gran velocidad, ¿no es así, Bob? Acepta el consejo que te doy. Ella debería ir allí, cuanto antes, a recoger el resto de la metralla de flores que aún queda aprisionada entre las piedras de la calzada de Lisboa. Envíala allí, hijo, envíala antes de que sea tarde. Sugiero que la serie se llame *La Historia despierta*». Y el antiguo embajador levantó el vaso a la altura de los ojos e hizo un largo brindis, como si alguien dentro de aquel salón fuese a tener un hijo.

Todavía no he mencionado que la casa del embajador era de madera y vidrio, ni que se erguía a orillas de un afluente del río Potomac, una corriente razonable de donde provenía el son susurrante del agua que de vez en cuando se oía. Tampoco he mencionado aún que la vivienda estaba rodeada de robles rojos, y que los primeros copos de nieve, en vez de cubrirlos, seguían exhibiéndolos como hogueras brillantes en medio de la humedad verde. Tal circunstancia no tenía ninguna importancia, a no ser porque, de repente, los dos americanos me conducían hacia lugares que yo no deseaba visitar, y la nieve, cayendo sobre el jardín, cada vez con más

intensidad, me paralizaba mientras los colores ardían. Me sentía prisionera de los colores. Y así, el antiguo diplomático no tardó en decir, usando su portugués con un fuerte acento: «Miss Machado, vamos a charlar. Cuando el milagro portugués sucedió, yo aún no estaba en su país. Llegué nueve meses más tarde, cuando las calles de Lisboa ya estaban en el auge de la metralla, lo que me dio mucho trabajo». Y en esto, el embajador volvió a reírse con ganas, calibrando el volumen de su whisky y haciéndolo rodar en el vaso. Dijo también: «Vaya que si me dio trabajo. Pero también me proporcionó una de las mayores satisfacciones de mi vida. Para empezar, puedo asegurarle que vencí a mi Secretario de Estado en un desacuerdo que pasó a ser conocido en aquel momento con un nombre bastante curioso. ¿Quiere saber cómo llamaron a nuestra disputa? En los pasillos del Departamento de Estado la conocían como *la guerra de los arañazos portugueses* entre Henry y Frank, lo que, en su caso, se entendía muy bien, ya que le llamaban Melena de León, “el Terrible”. Era lo que se decía aquí, en Washington, aunque nada de eso se supiese en su país. En Lisboa pintaban *go home soon* por debajo de mi nombre como si yo fuese un estorbo, mientras que en las paredes de al lado se dibujaban flores. Fue ahí, Miss Machado, en medio de esa metralla, cuando conocí a su padre».

Yo sentía el olor de la nieve que venía de fuera, y el olor del peligro incubándose allí dentro, en el interior del inmenso salón. Aquel día, Bob Peterson me había traído con él solo para que yo pudiese hablar un poco en mi lengua, expresarme en portugués sobre el desastre del que había sido testigo camino al cementerio de Wadi al-Salam, pero inesperadamente no solo hablábamos de mi país, sino que acabábamos de llegar

a la figura distante de mi padre, y yo tenía la impresión de que los dos temas eran uno solo. Me parecía increíble. El antiguo embajador dijo en inglés: «¡Oh, sí! Bob sabe lo que pienso». El protegido no respondía, escuchaba. Por el camino, él mismo me había dicho que me pusiese en guardia, que a partir de cierta edad todo hombre que se precie tiene una Iliada que contar, y que su mentor tenía varias. Se confirmaba. El mentor decía: «Bob sabe muy bien cómo en aquellos años, apenas se desdoblaba el mapamundi sobre la mesa de conferencias, sobre las ocho de la mañana, cada día que pasaba, más banderines de sangre encontrábamos esparcidos un poco por todas partes. Nuestra noche de descanso había sido día de agitación para ellos. Los husos horarios son así, los meridianos terrestres son así. Los banderines ensangrentados eran así. La Guerra Fría, en ciertas regiones de la Tierra, era bastante caliente. Pero por lo menos habíamos aprendido a hacer cuentas de dividir y restar sobre el mapamundi. La división del mundo por dos lo simplificaba todo. Por lo menos eso habíamos aprendido. Y en cuanto a las operaciones de sustracción, habíamos aprendido muchísimo. Mirábamos el mapa extendido sobre la mesa y hacíamos nuestras cuentas. Para lograr un razonable ahorro de bajas aquí, tenían que ser sacrificadas dos o tres cabezas allá. Cuentas de dividir. Se sacrificaban treinta vidas para evitar el desperdicio de tres mil, un centenar para salvar un millón. La Guerra Fría fue eso, una cuenta para ahorrar. La ley del matarife perpetuo minimizada al máximo. Era así, todas las mañanas. Pero de repente, cuando menos se esperaba, en el extremo occidental de Europa, surgía aquello. Las ocho en punto. Una agitación extraña se estaba produciendo en su país. Un vuelco pacífico. Nadie creía en una agitación que se decía

pacífica. Esperábamos serenos, queríamos colocar en el sitio apropiado el banderín rojo, parecía que fuese eso lo natural. Sin embargo, ya habían pasado dos días y nada grave había sucedido aún. Era de hecho una deposición sin sangre. El mundo entero, expectante, mirando hacia su país. ¿Cómo era posible? Un caso sin precedentes. Una cinta de tierra del tamaño de un mantel, sin ninguna importancia, de repente, se transformaba en la novia deseada por todo el mundo. En consecuencia, sobre la mesa de conferencias, la partida de ajedrez iba a cambiar. A partir de entonces, el mapa de las sospechas nunca más sería desdoblado del mismo modo. Pero la diferencia no se debió a la diversidad de los que festejaban, que allí acudieron a la mañana siguiente, muchos de ellos con la misión de espiar, intrigar, vigilar y ocupar su país, se debió tan solo, y únicamente, a la calidad de su gente».

El antiguo embajador se inclinó hacia la bandeja del mueble bar, se ajustó la chaqueta de seda en cuyo bolsillo tenía unos bolígrafos dorados, y habló en portugués: «Puede creerlo, Miss Machado, nunca he encontrado a lo largo de mi carrera un pueblo tan sensato como aquel al que usted pertenece. Un pueblo pobre, sin álgebra, sin letras, con cincuenta años de dictadura sobre las espaldas, el pie amarrado a la tierra y, de repente, sucede un golpe de Estado, todos van a la calle a gritar, cada uno con su alucinación, su proyecto y su interés, unos amenazando a los otros, cuerpo a cuerpo, cara a cara, muchos llevan armas en la mano, se insultan, se golpean, se agarran, pero no se matan. Yo lo vi, lo presencié. Es esta realidad la que hay que contar antes de que sea tarde. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?»

Yo no necesitaba entenderlo.

Además, ahora, a seis años de distancia, creo recomponer con más fidelidad las palabras del embajador que en aquel momento, cuando las escuchaba directamente y estaba sentada delante de él. Entonces me interesaba muy poco la exaltación de las virtudes de un pueblo lejano que solo por casualidad era el mío. Lo reconozco. Aquel discurrir grandioso, disfrazado bajo un tono común, que de tan común se volvía intenso, alternado en dos lenguas, no me conmovía. Se trataba de *su pueblo*. Y el mentor invocaba a una gente mansa, una gente a la que cualquier ministro le gustaría dirigir, cualquier sacerdote pastorear, cualquier abogado defender. El mentor hablaba con entusiasmo contenido, como si el país que invocaba fuese una persona amada, se refería a un noble pueblo con sus armas inofensivas, sus manifestaciones de júbilo y grandes tumultos pacíficos, invocando en mitad de ese cuadro aquella que había sido su propia estrategia, la espera que había alimentado con cautelas hasta que la calle donde el noble pueblo hervía se calmase, una jugada certera que había exigido de su parte un fino ejercicio de paciencia a lo largo del setenta y cinco. Se acordaba muy bien. En ese tiempo, ante su moderación, el Melena de León del Secretario de Estado se exasperaba, diciendo que había enviado a Lisboa un duro que al final le había salido un blando. Un blando que, en vez de reaccionar, daba clases. Y el mentor de Bob, divertido, invocaba la forma en la que él mismo y su *staff*, al contrario de las instrucciones que le llegaban, sin ninguna intervención directa invasiva, ningún trabajo nocturno difícil, un juego perseverante de entérate y espera como no se recordaba desde que la guerra se servía fría, había